

VIII. EL ENTRETENIMIENTO DEL PRÍNCIPE

El más glorioso y más útil objeto que pueda escoger para emplear dignamente su entretenimiento es sin duda para con el soberano. La primera cosa que le es necesaria para alcanzar esta honra es bien de serle conocido, pero yo querría que fuese de la mejor manera.

VIII-a-De la primera entrada del hombre honesto en la casa del rey, y cual debe ser su llegada

No veo nada tan frío y de tan poco gusto que estas reverencias secas que tantos atrevidos tienen tan poca vergüenza que hacer al rey mismo sin que tengan nada que decirle y sin que tengan nada que decirle de ellos. Un hombre honrado no será tocado desta vana gloria si su fama no ha pasado delante de él para hacerse el acceso fácil. O si el que lo presenta no tiene una larga materia de entretenimiento para el príncipe de los señalados servicios que el nuevo presentado le ha hecho o le puede hacer en lo venidero, de las ocasiones de honra donde se ha encontrado, de las buenas calidades que posee; finalmente si no hay en él con que dar un agradable sujeto de hacer su corte, al que introduciéndolo le será obligado de haberlo escogido para hacerle este oficio. Siendo establecido desta manera en el Espíritu de su amo, quiero que ocupe todos sus pensamientos y que emplee todas las fuerzas de su alma a hacerle conocer lo que vale. Que ame por lo menos tanto su persona como su dignidad y que todas sus acciones, sus voluntades y sus palabras sean enderezadas a contentarlo sin lisonja. Es allí que aprovechando a uno sólo se hace útil en mesmo tiempo a toda una monarquía, y que su ciencia y sabiduría, como de nobles y fuertes simientes, producen en el alma de los príncipes flores de que los frutos se comunican a todos sus sujetos. Así que el que amará su patria será vivamente apretado del deseo de ser amado de los grandes poderes y amara a los que están asentados en el trono para velar por el bien público. Se esforzará de arrojar en sus espíritus de vivas luces de virtud. Será

presto a obedecerlos y sabrá sabiamente considerar el tiempo, el lugar y las demás circunstancias.

VIII-b-Del silencio y de la palabra acerca de los reyes

Su mismo silencio, como su narración, dependerá del movimiento y de la voluntad de su amo y será siempre tan ajustado hablando con él que nunca pase por enojoso ni por indiscreto. Lo que le ha dicho a propósito es siempre bueno, como también las cosas fuera de tiempo no son nunca agradables. La causa deste vicio de querer contrahacer el elocuente a todos los propósitos viene de una vana gloria loca y ridícula de ser estimado hábil quien de ordinario no tiene sino la vergüenza de no ser escuchado, demás de la difamia de su ligereza y de su extravagancia.

VIII-c-Que conviene considerar la inclinación del príncipe

Los que tienen la dicha de tener un fácil acceso cerca de los reyes y pueden llevar sus palabras con alguna confianza hasta sus orejas estudiarán primeramente la condición de la que sirven y procurarán a conformarse a la mejor y más fuerte de sus inclinaciones.

VIII-d-El príncipe guerra

Si ama la guerra no lo entretendrán sino de designios marciales, de los medios de hacer sustituir los grandes ejércitos, de la buena orden y de la disciplina militar que se ha de observar, del conocimiento que debe tener de sus tropas, de la ciencia de saberlas mandar, de las señales de un buen soldado, de las calidades de un excelente capitán y generalmente de todos los secretos de la prudencia militar.

VIII-e-El príncipe pacífico

Si al contrario el príncipe es pacífico, no le propondrán sino medios de hacer reinar la Justicia y de mantener el reposo público, de confirmar su autoridad, de aliviar a sus súbditos, de bien gobernar su hacienda, de hacer florecer el tráfico, de conservar la amistad de sus vecinos, de hacerse bien querer de los suyos y temer de los forasteros y en fin hacerse medianero de las diferencias de todos los príncipes de la tierra.

VIII-f-El príncipe que ama las letras y los ejercicios

Si se place a las letras, que el que lo quiere contentar mire a cuál ciencia tiene más inclinación y que allí ponga su estudio más particularmente. Y si ama los placeres honestos que se dé sujeto a servirlo y a seguirlo en todos sus ejercicios.

VIII-g-Lo que debe observar para no descontentar a los príncipes

Pero sobre todo que se guarde de mostrar mucha mohína, no que se conozca que se atormenta y sufre una grande fuerza haciendo lo que cree no ser obligado sino por su propia voluntad. No hay nada que encuentre tan duramente los espíritus de los grandes que esta obediencia forzada que notan algunas veces en el servicio de los que sitian antes que los siguen.

VIII-h-Faltas notables

Se ve de tan indiscretos que no se presentan nunca delante dellos sino con un rostro tan triste y tan mal contento que parece que siempre les quieren

zaherir algo. Otros por hacer los buenos soldados no se ponen nunca sino en postura de fanfarrones y hacen sus ojeadas y sus ademanes tan fieros que dirían que no vienen allí sino para reñir con su amo. Hay aún otros que son tan malos desde su primera entrada en la Corte que llegando a los mismos príncipes es con un rostro riendo y muy familiar como si quisiesen hacer caricias a sus iguales o hacer algún favor a sus inferiores. Estas gentes serían más sabios ir a esconder sus impertinencias a la aldea que venir a consumir su hacienda a la Corte por no servir sino de objetos de rifa y menosprecio.

VIII-i-De los respetos, y de la desvergüenza

Es pues importante en todas las partes del entretenimiento de ser siempre cuerdo y respetuoso, sea en los ademanes exteriores sea en las palabras, y los tales no sabrían durar muy largo tiempo que creen ponerse en crédito con los Grandes por la desvergüenza. Esta vía no deja de salir bien a algunos, pero ella arruina más que no levanta.

VIII-j-Preceptos importantes para el entretenimiento de los príncipes

Cierto que conviene confesar que es una de las más peligrosas honras con que se embriagan en la Corte que esta familiar conversación con el soberano. Y si no es de excelente natural es muy difícil de mezclarse a entretenerlo a menudo sin que se deje de escapar algo que le desagrade. Porque si una vez se persuade que es más hábil que el que lo aconseja o que lo entretiene, desde allí sin duda lo menospreciará y si para mientes, que lo sea menos, tendrá pena a sufrirlo. Naturalmente todos los hombres se despechan de no valer tanto como los que obedecen, pero sobretodo los que son obligados por la naturaleza de su calidad pues que no hay nada donde ceden con menos voluntad que reconocerse de menor ingenio que otro.

VIII-k-De la sumisión que conviene usar aconsejando a los grandes príncipes

Y por eso los más sutiles políticos aconsejan todos de no hacer nunca demasiado el sabio con su amo y enseñan de no darle jamás sino consejos tímidos y dudosos. Quiero decir de hablarle de un tono asentado y lleno de sumisión y parezca más presto proponer su parecer que probarlo, a fin que conozca a lo menos por ahí que hacen plegar su opinión delante de su juicio. Cualquiera que usa así, aparta de sí el odio y las quejas de que son seguidos los siniestros advenimientos que son tan duros a sobrellevar a los grandes príncipes; a causa que se imaginan que la Fortuna les debe obedecer también como a los hombres. Se notan en efecto que casi todos tienen esta flaqueza de imputar las desdichas que les suceden al mal gobierno de los que están cerca dellos. Y esto procede este precepto tan común entre los delicados cortesanos que conviene que el consejo que se da a los reyes sea tardo y considerado, y que el servicio que les hacen sea pronto y activo.

VIII-l-Del agrado para los príncipes

Sobre todo tienen por máxima de no contradecirlos jamás. Porque el extremo poder es de ordinario acompañado de un sentimiento tan delicado que la menor palabra que le resiste lo hiere y parece que ello quiera que sus opiniones hagan una parte de autoridad.

VIII-m-Contra los aduladores

No conviene por ello que se haga el lisonjero¹. Este vicio es muy flojo para caer en el pensamiento de un hombre honrado, demás que no es tan presto descubierto que arruine el crédito y la fama del que piensa levantar su fortuna sobre un tan mal cimiento.

VIII-n-Desdichas que causa la adulación

Hay que un príncipe es desdichado que en lugar de fieles criados se haya cercado destas landres públicas que infectan sus espíritus con mil imaginaciones vanas y locas de que los pueblos sienten tras sí funestos efectos. Esta desdicha es tanto más de temer por ellos que es como inevitable a su condición, porque siendo forzados como son de escuchar a todo el mundo y servirle de muchas personas y la lisonja sirviéndose de la máscara de la fidelidad y del amor verdadero con ellos como ella hacer como imposible que se esquiven de ser engañados. Que el hombre de bien oiga pues el reproche de una tan perniciosa malicia como el de una notable infamia, y que no diga nada que pueda hacer nacer solamente la menor sospecha. Quiero que sea cortés y humilde pero no sabría sufrirle una complacencia servil e indigna de un hombre honrado. Que no repruebe nunca la opinión de su señor con audacia, pero con una modestia atrevida y que proponga lo que siente, como queriendo buscar el mejor sentido no como creyendo haberlo hallado.

VIII-ñ-Lo que se debe observar pidiendo a su amo

¹ *lisonjero*: “halagüeño, satisfactorio” (Moliner, 1977). “El que lisonjea, adula y alaba engañosamente à otro. Lat. Asentador. Adulador. Ponc. Quart. Tom. I Serm.. 20. 5.4. *No llamo lisonjeros los que se aparecen quando se pone la mesa... que estos son lisonjeros viles, lisonjeros de cocina y bodrio. Quev. Fort. Un lisonjero, que procuraba pujarles à los otros la adulación, mintiendo de puntillas, dixo &c.* (D.A., 2002, tom. II, letra L, pag 416).

Cuando quiera pedir algún recaudo o algún favor, por él o por el otro, que se lo represente tan lleno de justicia que no sea como por fuerza y dolor que lo alcance, porque una gracia semejante es peor que ser rehusado absolutamente. Que nunca lo apriete de tal manera que si sucediese ser rehusado no hubieran creído haberlo desobligado. Porque se ve a menudo que cuando los príncipes no han concedido alguna gracia a uno que la prosigue, juzgan que el que la ha pedido con grande instancia la ha deseado con mucho ardor. De manera que no habiéndolo podido alcanzar, parece que debe concedir algún odio secreto con aquel de quien lo había esperado. Entonces sobre esta imaginación el príncipe comienza así de su parte a odiarlos a ellos mismos hasta no poder sufrir su presencia.

VIII-o-Convienes huir de hacerse ser importuno en los placeres de los príncipes

Convienes cuidadosamente evitar de no encontrarse nunca en los placeres particulares de los soberanos sin tener la honra de ser llamado. Porque hay tiempos y lugares donde se huelgan hallarse en libertad de decir y de hacer todo lo que les viene a la fantasía, ni quieren ser vistos ni oídos de nadie que los pueda juzgar y tenerlos forzados. Que si por suerte se halla cogido y embarazado, que procure desmezclarse lo más a derechas y lo más presto que le sea posible. Y es que se puede juzgar que la hora y el lugar no se deben menos considerar que la persona en esta penosa manera de conversación.